

Mimmi Kass

En cuerpo y alma II

Diagnóstico del placer

La cruda realidad

¿Por qué la ropa interior traía tantas malditas etiquetas? Inés tironeó de las lenguas blancas y ásperas con irritación. Había más tela en ellas que en la prenda. El buen humor que pretendía invocar con el estreno de un nuevo conjunto de lencería se evaporó al comprobar que, al arrancarlas, había hecho un bonito agujero al encaje de sus calzones. Además, no le daba tiempo a cambiárselas. Había dejado el celular en el auto y, solo por inercia, su despertador interno la salvó de tener que dar unas cuantas explicaciones en el hospital.

Sacudió la cabeza en un intento de deshacerse del mal genio que la embargaba desde que se había levantado. «Semanita premenstrual» recordó, mientras se vestía a toda prisa. Y el agotamiento por las mil vueltas que había dado en la cama antes de quedarse dormida tampoco ayudaba.

No era capaz de quitarse a Erik de la cabeza.

Respiró hondo y se ordenó a sí misma poner buena cara al tiempo que entraba en la sala de reuniones. Todos estaban allí, excepto el doctor Hoyos: adjuntos, residentes, cardiólogos y cirujanos. Algo pasaba. El murmullo de varias conversaciones que se cruzaban a la vez no disimulaba que, a la cabecera de la mesa, Guarida y Erik discutían enfadados frente a la pantalla de un computador. ¿Dónde estaba su tutor?

Miró de reojo hacia el vikingo y la invadió una intensa sensación de pérdida. Las manos fuertes y nervudas se aferraban al borde de la mesa, y no pudo evitar el recuerdo de lo que la hacían sentir sobre su piel. A puro golpe de voluntad, logró dejar en un segundo plano la añoranza y se sentó junto a Daniel.

—¿A qué viene el concilio?

—Hoyos está hospitalizado en la UCI —informó su amigo en voz baja—. Lo ingresaron anoche, aún no saben qué le pasa. Guarida intenta reorganizar la actividad de la Unidad.

Inés inspiró de golpe. Mil preguntas se amontonaron en su mente: ¿sería una recaída del cáncer? Incómoda, encajó la preocupación por él junto con la de quién sería su tutor ahora. Erik y Guarida seguían en su tira y afloja, y prestó atención al jefe, que había elevado la voz.

—Erik, ¡necesito que me cubras mañana en el quirófano! Tengo que arreglar todo... esto —dijo Guarida con un aspaviento airado de sus brazos hacia el calendario de planificación en la pantalla.

—Mañana estoy saliente de turno. ¡No puedo asumir el quirófano sin haber pegado un ojo! —Inés notaba los esfuerzos de Erik por mantener un tono civilizado—. Ya sabes cómo es la UCI cardíaca.

Guarida chasqueó la lengua.

—Es cierto, había olvidado que estás de turno hoy. Intentaré arreglarlo, pero no puedo suspender más cirugías —informó, señalando el computador con una lapicera—. La semana pasada ya anulamos un par de quirófanos mientras estaban en el congreso.

—O el turno o el quirófano de mañana. Anula uno de los dos. Me voy a trabajar —se alejó de la mesa y Daniel se puso de pie de inmediato para seguirlo—. Avisame lo que decidas antes de las cinco de la tarde. No pienso pasar un minuto más de lo necesario en este maldito hospital.

El portazo dio pie a que todos se movieran con prisa a sus tareas programadas. Guarida se sentó de nuevo, con aspecto derrotado.

—Marita, necesito que te ocupes de los pacientes de Hoyos —Inés reprimió un gemido; eso quería decir que quien se ocuparía de todo sería ella—. Hoy no da el tiempo para anular las citas, que la doctora Morán te ayude.

—Yo me encargo —dijo Inés, para demostrarles que estaba disponible para lo que fuera. Marita la ignoró. Estaba demasiado cabreada.

—Tienes que solucionar esto, Hernán. ¿Cómo puede ser que falten un cirujano y un par de residentes durante una semana y se venga abajo toda la planificación? —Inés asintió con un gesto de conformidad, tenía toda la razón—. ¡La Unidad necesita otro par de manos!

Guarida la miró, ofendido. La cardióloga tocaba una fibra sensible con ese tema.

—Si el gerente del hospital decide que dos cirujanos son suficientes para los pacientes pediátricos, yo no puedo hacer nada —respondió con amargura—. Si te parece que puedes hacerlo mejor, ¿por qué rechazaste la jefatura cuando Abel te la ofreció?

—¿Cómo puedes decirme eso? —espetó Marita, furiosa.

Se enredaron en una acalorada discusión e Inés y Viviana se miraron, preocupadas. Quizá deberían dejar que los adjuntos arreglaran sus diferencias en privado, pero ambos parecían haber olvidado que ellas estaban allí. Viviana optó por retirarse discretamente, pero a Inés no le quedó otra que esperar con paciencia a que alguien le indicara lo que tenía que hacer.

—Me temo que te toca trabajar sola. Lo siento —le dijo la cardióloga por fin.

Inés apretó los dientes sabiendo que, nada más al empezar la semana, el trabajo volvería a acumularse sobre su mesa.

Erik salió de la oficina de su jefe intentando encajar la sensación de derrota. Llevaba toda la mañana en el quirófano, y la consulta de la tarde tenía varios sobrecupos. Al terminar asumiría, como cada lunes, el turno presencial en la UCI cardíaca. No era más que un peón. Mano de obra y,

a juzgar por la cantidad de horas extra que pasaba en el hospital y que no eran remuneradas, barata.

Daban igual la excelencia académica, los premios obtenidos o el prestigio recién adquirido en el congreso. Lo único importante era cubrir huecos y el hecho de que hacía el trabajo de dos cirujanos: Guarida acababa de informarle que, además del turno, tendría que quedarse a las cirugías del día siguiente.

Según su jefe, tal y como su contrato estipulaba, «excepcionalmente y por necesidades del servicio, la jornada laboral se extenderá según el acuerdo de ambas partes». Salvo que el «ambas partes» lo había excluido a él.

Casi chocó con Inés, que salía de la consulta como una exhalación, con una larga tira de imágenes de una de sus ecografías, y con cara de estar bastante agobiada. Toda la Unidad estaba patas arriba con la falta de Abel Hoyos.

Inés.

No pudo evitar una punzada de deseo envuelta en irritación. No había respondido a sus llamadas ni tampoco al mensaje. Una ansiedad creciente se había apoderado de él desde que se despidieran la noche anterior. Una vocecita pertinaz que le susurraba que había cometido un error. Grave. Y necesitaba enmendarlo. Pero ella no estaba muy interesada en colaborar.

—¿Al final se ha arreglado lo de tu turno? —preguntó. Su sonrisa, siempre luminosa, le dolió. No parecía afectada. Él llevaba dos noches mirando al techo, incapaz de dormir.

—No, no se ha arreglado —respondió, un poco brusco. La miró a los ojos, e intentó descifrar qué era lo que sentía tras su ruptura, porque no parecía importarle en lo más mínimo. Su orgullo herido relampagueó con fuerza a la luz de aquella sonrisa.

Ella lo observó unos segundos, interrogante, pero no dijo nada. Sabía que Inés se escudaba en su alegría al igual que él lo hacía en su hosquedad y mal humor. Reprimió las ganas de ofrecerle un millón de coronas por sus pensamientos.

—Lo siento, vaya manera de empezar la semana —dijo al fin. Siempre amable, siempre cariñosa. La irritación creció junto con la sospecha de que no tenía ni idea de que él la necesitaba más que nunca—. ¿Quieres comer algo? Yo voy a la cafetería —añadió, con el índice apuntando hacia la salida.

—No, Inés. Sabes que no —contestó, tras una pausa significativa que decía más que la rotunda negativa—. No quiero que nos vean juntos en el hospital.

—Muy bien. ¡Buen turno! —dijo ella con cierto sarcasmo. Ensanchó la sonrisa radiante, ahora un poco tensa, y abandonó a paso rápido la unidad.

Erik la observó alejarse, la melena ondeando hasta más allá de los hombros y las caderas apenas insinuadas bajo la bata blanca. Recordó un asunto que tenía pendiente con ella y sonrió. Había un modo de averiguar si sabía o

no de sus llamadas. Si tenía alguna oportunidad de enmendar su error y retomar donde lo habían dejado. Dio media vuelta y se dirigió a Extracciones.

«Qué idiota», pensó Inés, enfadada. Erik tenía la cualidad de situarse en el centro de sus pensamientos justo cuando más se esforzaba en encapsularlo y olvidarse de él. No paraba de darle vueltas a cada una de sus palabras, una y otra vez. ¿Por qué demonios le había ofrecido ir a comer juntos? Se lo había preguntado como lo habría hecho con Dan o con cualquier otro colega, no lo estaba persiguiendo. Resopló. Podía creer lo que quisiera, pero se lo merecía por pensar siquiera en tener una amistad normal con él. Se había acabado, ¿cuándo iba a aprender?

Antes de ir a comer pasó por la UCI para visitar a Hoyos. Quería conocer su estado de primera mano. Encerró a Erik en una de sus cápsulas mentales y la pateó bien al fondo de su cabeza; entró en la imponente sala de cuidados intensivos de adultos. El amplio espacio en tonos blancos y azules era muy impersonal, no tenía nada que ver con el ambiente colorido y alegre de Pediatría. El olor a antisépticos, a medicamentos, a cuerpos enfermos y sangre la hizo arrugar la nariz. Se frotó los brazos por la temperatura gélida; era más parecido a estar en un laboratorio que en una sala de hospitalización; las luces blancas e intensas hacían daño a la vista.

Su tutor estaba tendido, inconsciente, en una de las camas clínicas. Se le encogió el corazón. Inés sabía que el régimen de visitas era muy restrictivo, pero resultaba desgarrador ver que nadie lo acompañaba. La enfermedad y la muerte son ya de por sí despiadadas, no era necesario añadirle más soledad.

Tomó la hoja de tratamientos de los pies de la cama y le echó un vistazo rápido. Múltiples medicamentos sostenían las funciones de su corazón, pulmones y riñones. Estaba sedado por completo y conectado a un respirador. No pintaba nada bien. Un médico se acercó hasta ella con expresión preocupada.

—Aguanta, pero está muy débil —murmuró a su lado—. Anoche pensamos que no saldría adelante.

—¿Se sabe algo más de la causa? —Inés tomó con delicadeza la mano de su tutor. Estaba tibia, pero inmóvil, y su piel se teñía de una palidez espectral.

—No. No hemos podido bajarlo al TAC. Hasta esta mañana no logramos estabilizarlo —la alarma del monitor de otro paciente interrumpió sus explicaciones y el médico se alejó, despidiéndose con un gesto, para ver qué ocurría.

Inés salió de la UCI abatida, abrumada por la gravedad de la situación. Quisiera haberle contado lo bien que había ido todo en el congreso. Que estuviera orgulloso de ella. Que viera que sí se involucraba, que sí podía

hacer un trabajo duro, que la medicina era importante para ella. Se preguntó si tendría la oportunidad de hacerlo alguna vez.

Erik sonrió cuando la enfermera extrajo la aguja de su antebrazo y puso un apósito sobre la pequeña herida de la punción.

—Tiene que apretar, para que no le salga un hematoma —dijo la chica con formalidad. Era muy joven y estaba roja como un tomate. Él amplió la sonrisa cuando lo miró con toda la pinta de querer esconderse debajo de la mesa.

—Gracias, lo haré.

Primer paso, listo. El resultado de los nuevos exámenes estaría en unos días, pero tenía los que se había hecho tres meses atrás.

En la Unidad reinaba el silencio. Por la puerta entreabierta vio que Inés seguía trabajando en la oficina de residentes. Bien. Entró a la suya y abrió su historia clínica en el computador. Era importante cuidarse, ya no tenía veinte años. Inés a veces le parecía obscenamente joven al ser diez años menor que él. Otras, sentía que ella le daba mil vueltas en madurez. Mientras esperaba a que la impresora terminara, tras pensarlo un segundo, tecleó en la búsqueda de pacientes: María Inés Morán Vivanco.

Se desplegó su historial, casi vacío. Un chequeo ginecológico el año anterior con todo en regla, el parte quirúrgico de la apendicitis... y unos exámenes que le informaron de todo lo que quería saber. No lo había dudado ni por un segundo, pero era bueno confirmar que también estaba sana. Una cosa menos de la que preocuparse. Guardó las hojas recién impresas en un sobre. Hora de hablar cara a cara.

Hasta que no se encendió la luz Inés no se percató de que ya casi había anochecido y que se inclinaba hacia la pantalla con los ojos entrecerrados para ver mejor.

—Te vas a quedar ciega —la regañó Erik.

Ella se frotó los párpados, obteniendo una agradable sensación de descanso al apartarlos del computador.

—No me había dado cuenta de que era tan tarde —musitó con voz ronca. Tenía la garganta seca, no había bebido nada desde el almuerzo y la lengua se le pegaba al paladar—. ¿Qué necesitas?

—Te llamé para recordártelo un par de veces. Y te envié un mensaje. Pero no he tenido noticias tuyas —dijo, agitando un sobre. Inés compuso un gesto culpable.

—¡Lo siento! Olvidé el celular en el auto ayer y esta mañana me levanté tardísimo. Todavía no he ido a recuperarlo.

—Dejaste el celular en el auto... ¿Dejaste el celular en el auto? —interrumpió Erik con tono exasperado—. No sé de qué me sorprende. En fin, esto es para ti.

Inés recibió en sus manos el sobre y le dio las gracias. Sacó el contenido, intrigada. Vaya. Unos exámenes, muy completos, con hemograma, bioquímica, coagulación. Y serologías de infecciones de transmisión sexual, incluido el VIH.

Alzó los ojos hacia él, confundida. Todavía le dolía la frase: «Sabes que esto se acaba aquí».

—Está todo bien, pero no entiendo por qué me das esto, Erik. No tiene mucho sentido, ¿no?

—Solo cumplo con lo prometido —dijo él con una sonrisa torcida y sin dar mayores explicaciones—. Los resultados son de hace tres meses. En cuanto tenga los últimos, te los paso.

Fue entonces cuando ella reparó en el pequeño apósito sobre el hueso del codo. ¿Se había hecho otros exámenes? ¿Para qué? Frunció el ceño ante los sentimientos contradictorios de suspicacia y, sí. Cierta esperanza.

—Yo aún no los he impreso. Si esperas un momento, te los doy —comentó, sorprendida por su celeridad en entregarle lo pactado. Se repitió a sí misma que aquel protocolo era inútil ahora que habían terminado.

—No es necesario —aseguró él.

—Me halaga tu confianza —dijo Inés, sin saber muy bien qué decir.

—No, no me hace falta porque ya los conozco. Me he metido en tu historial y ya he visto...

—Que has hecho ¿QUÉ? ¡Erik!

Inés estaba horrorizada. No tenía nada que esconder, pero esto suponía tal invasión de su privacidad que se quedó en blanco. Él tuvo la decencia de mostrarse al menos un poco culpable.

—*Svarte Helvete*¹... *Beklager*². Lo siento, Inés.

—Que sepas que, después de esto, me siento con total derecho de revisar tu historial cuando me dé la gana —espetó, indignada hasta el punto de farfullar más que hablar. Erik se puso serio.

—No lo hagas —dijo con tono de advertencia.

Inés soltó una risita incrédula. Estaba empezando a enfadarse de verdad. Si se suponía que no quería nada con ella, ¿por qué husmeaba en su historial?

—Inés, preferiría que no lo hicieras. Por favor —insistió, algo más conciliador ante su mirada acusadora—, ahí está el curso clínico de mi psicóloga y no me gustaría que leyese esa información —concluyó, incómodo. Ella volvió a reír, esta vez con sarcasmo.

1 ¡Infierno negro!: una expresión muy ofensiva en noruego bokmål.

2 Lo siento, perdóname, en noruego bokmål.

—¡Un incentivo más para hacerlo! Pero tranquilo, grandulón; no tengo ningún interés en desvelar tus secretos —se apiadó al ver su semblante angustiada—. Eso sí, ¡no vuelvas a entrar en mi historia! No tengo nada que esconder, pero es un delito —le advirtió, señalándole con un dedo acusador.

—Lo siento —repitió él, antes de desaparecer por la puerta.

Inés chasqueó la lengua, fastidiada. ¡No le tenía ningún respeto! ¿Por qué creía que podía avasallarla a su antojo?, ¿porque habían follado? La cabeza le iba a estallar de la rabia. Arrugó entre sus manos el sobre y las hojas con los exámenes de Erik y lo tiró a la basura. No lo necesitaba para nada. La llamaron al celular de turno. Mejor. Así tendría algo en qué pensar. No podía sacarse el recuerdo de aquellos días en Puerto Varas de su cabeza, por mucho que se le diera bien disimular.

Tras un turno movido en el que casi no pudo dormir, recuperó la mitad de su humanidad con una ducha reparadora y fue en busca de lo que le devolvería la mitad que le faltaba: un café bien cargado.

Se apoyó en la barra, reconfortada por el bullicio y la actividad de la pequeña cafetería. Lo sintió antes de verlo. El instinto la hizo mirar en la dirección correcta. Los ojos azules de Erik la observaban desde la mesa de la esquina donde solía desayunar. Su expresión era enigmática, contenida.

Inés correspondió con una sonrisa algo forzada. Tenía demasiado reciente el enfado del día anterior y estaba demasiado cansada para lidiar con él. Aun así, tuvo que frenar el impulso de dirigirse hacia su mesa. No quería tomar iniciativas que le ganaran negativas de su parte: si quería algo de ella, que se lo dijera de frente.

Esperaba con impaciencia a que le sirvieran su pedido cuando Marcos se apoyó en la barra junto a ella.

—Hola. Vaya nohcecita, ¿eh?

—Qué noche de mierda, quieres decir —corrigió ella. Su compañero asintió, resignado—. El paciente está bien, pasé por la UCI antes de venir.

Iba a comentar algo más, pero Marcos la interrumpió poniendo una mano sobre su brazo.

—Inés, escucha. Sé lo que me dijiste en su día, pero han pasado un par de meses desde aquello y... ¿no te gustaría salir conmigo alguna vez? —Mierda. Ahí estaba la mirada de cachorrito desvalido. Marcos hizo una mueca de pena y no le quedó otra que echarse a reír—. ¿Una cenita de nada?

—No lo sé, Marcos —murmuró Inés. Erik estaba demasiado presente en sus pensamientos y en su piel—. Creo que no.

—No hay prisa, ¡piénsalo! —dijo él con gesto despreocupado. Inés asintió de manera imperceptible y él sonrió—. Me conformo con eso.

Se marchó antes de que se arrepintiera de aquel gesto ambiguo con la cabeza. No debería darle alas, pero, en realidad, no tenía ningún motivo para negarse.

¡Por fin! La mesera dejó el café, el jugo y sus tostadas en la barra. Necesitaba desayunar e irse a casa. Sentía que, si dejaba de moverse, se quedaría dormida en el sitio. Agarró la bandeja y se sentó en una mesa al lado de la ventana, mirando de soslayo cómo Erik se marchaba sin siquiera hacer un gesto para despedirse.

Antes de irse pasó por la UCI con la esperanza de ver a su tutor despierto, pero seguía conectado al respirador. Al menos tenían un diagnóstico; las imágenes del TAC craneal en el computador mostraban la inconfundible silueta de una metástasis cerebral, recaída del cáncer pulmonar.

Una plegaria espontánea dirigida al universo brotó de los labios de Inés.

Ya frente al ascensor de su departamento, recordó su celular olvidado en el auto. Estuvo a punto de pasar olímpicamente de recuperarlo, pero soltó una maldición mirando al techo y bajó hasta el estacionamiento. Seguro que su madre y Loreto ya estaban frenéticas, sin saber nada de ella durante más de veinticuatro horas. Cuando tuvo el aparato entre las manos y revisó las llamadas perdidas, un solo nombre la dejó congelada.

Erik.

Erik la había llamado.

¡Tres veces! Y justo después de haber llegado a casa.

Tuvo ganas de darle una patada a las ruedas. ¡Qué mala suerte, haber olvidado el celular! Revisó con ansiedad y tenía también un mensaje escueto, a las seis de la mañana y de tono casi clínico, que hizo que el corazón le diera un vuelco.

No me gustó cómo nos despedimos anoche.

Tenemos que hablar.

¿Quizá por eso se mostraba tan contradictorio? ¿Porque no había contestado? Un óvalo de inevitable esperanza se instaló en su pecho. Ahora entendía mucho mejor todo lo que había pasado. Quería hablar. ¿Por qué? ¿Qué quería?

Se debatió entre las ganas de devolverle la llamada o contestar su mensaje y el pánico a estrellarse contra un muro de piedra. Se lo había dejado bien claro: se había acabado. Sacudió la cabeza para alejar el insistente pensamiento con que la traicionaba su subconsciente. «Te echa de menos».

No. No podía ser eso. Lo más probable era que se le hubiese quedado algo en su auto, o tal vez tenía algo suyo o, ¡peor aún!, necesitaba darle

algún recado importante del hospital. Para ella, volvía a ser el doctor Thoresen, cardiocirujano y nada más, pero no pudo evitar pasar todo el día pegada al celular por si Erik la llamaba.

Al caer la noche, comprobó que no había hecho absolutamente nada. Había deambulado por su departamento como alma en pena mientras limpiaba y ordenaba un poco tras casi una semana de abandono y miraba el aparato de manera compulsiva. Hasta faltó a danza.

Cuando sonó por fin, dio un salto y corrió a buscarlo. Contestó con desgano al comprobar que era Nacha.

—¡Hola! ¿Qué te pasó? ¿Por qué no viniste a clase? —preguntó, preocupada.

—Nada. No ha pasado nada. Solo que soy tonta, imbécil y no tengo remedio —dijo con tono fastidiado. Su amiga se reía al otro lado del teléfono—. Llevo todo el día esperando a que Erik me llame, ¿se puede ser más patética?

Inés estaba furiosa consigo misma por haber pospuesto todo lo que tenía pendiente «por si acaso» él la llamaba. No era patético, era tragicómico. Pero Nacha no la llamaba por eso.

—Inés, en realidad te llamo para avisarte. Cecilia te ha criticado mucho, dijo que te manda de una patada en el culo al nivel básico, y que, si vuelves a faltar, te va a echar.

—Mierda... encima el jueves tengo turno —lamentó aún más haber faltado sin motivo. «Asúmelo Inés. Erik no te va a llamar», pensó mordaz—. ¡Mierda!

—El viernes ven a recuperar, eso te hará ganar puntos. Vas a tener que aguantarla —aconsejó Nacha, solidaria.

—Tengo la reunión de cardio, tampoco podré ir. ¡Por la cresta! —Con lo mucho que le había costado alcanzar el nivel superior, ahora tendría que empezar de cero.

—Inés, no dejes que ese tipo te absorba el coco —aconsejó su amiga antes de colgar—. Tú vales mucho más que unos polvos, por muy buenos que sean.

Inés se quedó con un gusto amargo por la conversación. Ignacia tenía la cualidad de incidir siempre en sus puntos débiles y no lo encajaba nada bien pero, como muchas otras veces, tenía razón. No podía permitir que Erik la afectara de ese modo. Para empezar, tenía que moverse del sofá. Decidió ir a correr, olvidar por un momento al vikingo y salir del estado de ameba.

Media hora más tarde corría a buen ritmo por el paseo de Américo Vespucio, bajo la luz de los potentes focos. Hacía mucho frío, y eso había espantado a la gente, pero tampoco estaba desierto. Lo prefería así. Aunque le gustaba correr sola, Santiago seguía siendo, en muchos aspectos, una ciudad peligrosa.

Estaba llena de energía, así que cuando llegó a sus kilómetros objetivo, en vez de aminorar, dio la vuelta al mismo ritmo. Era genial volver a estar en forma. Las endorfinas hacían su trabajo al inundar su cuerpo, borrando el malestar y la pereza acumulada de la tarde. Se sentía eufórica; esa era la razón por la que la gente se enganchaba con correr.

Al llegar al cruce para volver a su calle, una silueta familiar llamó su atención. «No lo puedo creer», exclamó mentalmente, al tiempo que miraba al cielo en busca de paciencia. Erik hizo un gesto de saludo e Inés aminoró el paso, lanzando una mirada anhelante en dirección a su departamento.

—Hola, Erik, me pillas de vuelta —aclaró antes de que él hablara, para asegurarse una vía de escape. Él parecía incómodo.

—Inés, escucha... —se detuvo sin saber muy bien qué decir y ella recordó las llamadas.

—¿Olvidaste algo en mi auto?

—¿Eh? ¿Qué? —respondió él, sin entender. Inés lo miró divertida.

—Vi tus llamadas y tu mensaje esta mañana, al volver del turno—dijo Inés. Tragó saliva antes de proseguir, esperando que no se notara demasiado la flagrante mentira que le iba a soltar—, pero he estado demasiado ocupada para llamarte, lo siento.

Erik reprimió una sonrisa. Lo notó en el destello que atravesó su mirada azul.

—No, no se me quedó nada en tu auto. No es por eso, ya hablaremos con calma. Estás muerta de frío y yo necesito una buena carrera —añadió, al ver como Inés se frotaba los brazos y daba saltitos frente a él.

—Pero ¿de qué quieres hablar? —No. No podía hacerle eso. ¿La iba a dejar con la duda? ¡Desgraciado! Se odió por insistir.

—Te llamaré, vamos a cenar y hablamos —esquivó Erik, sin darle una respuesta. Inés fingió pensarlo, ella también podía hacerse la difícil.

—De acuerdo, pero el jueves tengo turno y tengo pendiente una salida a cenar con Marcos... —no podía creerlo. Estaba usando a Marcos, al que no tenía ninguna intención de acercarse, para hacerse la interesante. Patético. Encima Erik se largó a reír, sin darle ninguna importancia a su comentario.

—Entonces llámame tú. Revisa tu apretada agenda y avísame cuando puedas hacerme un hueco.

¡Mierda! Su estúpido plan se había vuelto en su contra. Ahora era ella quien tenía que dar el paso. Forzó una sonrisa reservada, musitó una despedida y volvió a la carrera aprovechando que el semáforo se puso en verde. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo de autocontrol para no girar la cabeza y mirarlo una vez más.

¿Artimañas femeninas con Erik? Ni cagando.

El procedimiento

Enfrentó el miércoles con la firme resolución de no modificar ni un milímetro sus planes. No tenía ninguna intención de llamarlo. Y, al parecer, él tampoco. Revisó el celular diez, cien veces por hora, pero no daba señales de vida. Andaba desconcentrada e irritable y eso empezaba a pasarle la cuenta en el trabajo.

Lo vio fugazmente en el pasillo de los quirófanos. Se veía agotado. Sus ojeras estaban grises y sus ojos carecían del brillo habitual. Todas las cirugías suspendidas la semana anterior por su ausencia estaban reprogramadas para aquellos días y Guarida seguía inmerso en labores de gestión por la falta del doctor Hoyos. No era su problema, se lo repitió mil veces, pero no podía dejar de preocuparse por él.

Se obligó a ceñirse a su rutina y, pese a que hacía semanas que no iba a coro, apareció por allí con el único propósito de llenar las horas muertas.

Lo primero que hizo al salir del ensayo fue sacar el celular de su bolso.

No pudo evitarlo: revisó mensajes, WhatsApp y el correo para ver si Erik se había puesto en contacto con ella. Nada. Al menos no había esperado patéticamente en su casa sin hacer nada y fue capaz de mantener su rutina. Bien.

Se sentía irritable, desazonada. Le echó la culpa a la semana premensual, pero sabía que la razón principal era haber pasado de tener un montón de sexo diario a tener..., bueno, a no tener. Otras veces había pasado meses enteros sin siquiera masturbarse y sin darle la menor importancia. Ahora tenía la sensación de que no podría sobrevivir mucho tiempo más sin sexo. Una vocecita corrigió el pensamiento dentro de su cabeza. Sin sexo... con él.

Jueves y volvía a estar de turno. Era el precio que tenía que pagar por haberse marchado seis días al congreso: tenía que devolver un par de favores. Al menos, se acababa su rotación en consultas. Estaba deseando pasar a la UCI, aunque solo fuera por cambiar de aire.

El celular del turno empezó a sonar cuando se dirigía a la oficina a adelantar trabajo pendiente. Qué mierda. No había tenido tiempo ni de llegar al pasillo.

—Necesito que me ayudes con un procedimiento en la UCI neonatal —dijo Viviana, su residente mayor, sin saludar y con el tono perentorio de siempre.

—Voy para allá —respondió Inés, sin cuestionar ni por un momento a su residente mayor, pese a que ella no tenía ninguna atribución en Neonatología.

Mientras esperaban a que las enfermeras preparasen el material, compartieron un café rápido. Viviana le explicaba lo que tenían que hacer de un modo profesional y mecánico, pero Inés la miró de reojo; parecía haber perdido peso y se veía muy cansada. Las palabras brotaron de su boca antes de poner algún filtro a sus pensamientos.

—Vivi, ¿está todo bien?

Su «R» mayor la sorprendió respondiendo con una enorme sonrisa.

—Sí, sí. Todo va bien. Me queda junio en Cardio de adultos, y me marchó dos meses al hospital Monte Sinaí de Nueva York. —Ahora estaba exultante, eufórica—. Me costó mucho organizar a los niños, la casa y convencer a mi marido, pero lo voy a hacer. ¡Lo voy a hacer!

Inés se echó a reír ante su entusiasmo, pero no pudo evitar preguntarse cuánta de aquella alegría provenía del hecho de que pasaría dos meses alejada de su agresor.

Una de las enfermeras les avisó de que todo estaba preparado y ambas se levantaron. Inés retuvo a su residente de la mano y se la apretó.

—La oferta de ayuda sigue en pie, ya sabes...

Viviana negó con determinación y volvió al tono cortante.

—Ya no me hace falta, Inés. Ahora, céntrate en lo que tenemos que hacer.

Cuando llegaron junto a la cuna térmica había un número nutrido de residentes, adjuntos y enfermeras. Era un procedimiento excepcional, al fin y al cabo, no todos los días presenciabas cómo se rompía un corazón. Al menos, no literalmente: a través de un catéter, desgarrarían el tabique entre las aurículas para permitir una oxigenación mayor de la sangre. Parecía un milagro.

El recién nacido lo estaba pasando mal con la falta de oxígeno y su corazón malformado necesitaba cirugía, pero podrían mejorar su situación antes de ir al quirófano... siempre que el procedimiento fuera posible. Y ese día, Viviana no estaba muy inspirada.

Dirigió la aguja hacia donde debería estar la vena femoral repetidas veces con impaciencia, e Inés sintió en su estómago cada uno de los pinchazos fallidos. El bebé estaba bien sedado y no se movió, pero ella apretó los dientes para no decir nada. La piel delicada de la ingle se cubrió de hematomas.

—Mierda... —musitó Viviana al ver la sangre roja pulsar en la jeringa. Había alcanzado la arteria. Lo intentó un par de veces más con irritación manifiesta, pero la arteria parecía cruzarse con la aguja en cada intento.

Se estaba ensañando. Ya llevaban más de una hora de procedimiento. Casi todos los espectadores se habían marchado, unos por tener trabajo que hacer, otros por puro aburrimiento. Alguien se había llevado el ecógrafo para evaluar a otro paciente.

Inés se debatía entre ofrecerle ayuda o no. Viviana, sudorosa y con el ceño fruncido, se afanaba en meter la guía por la que iría el catéter, pero al ver la piel lacerada y sangrante, no pudo aguantar más.

—¿Quieres que lo intente yo? —ofreció. La mirada envenenada de su residente mayor la dejó helada, pero no se echó para atrás.

—¿Crees que lo vas a hacer mejor?

—Claro que no —respondió Inés con asertividad—, pero llevas una hora, estás cansada y, a veces, es solo cuestión de suerte.

Pero Viviana no dio su brazo a torcer. Cambiaron de lado y lo intentó en la femoral izquierda.

Una hora después, se daba por vencida, lanzando improperios, enojada. Inés volvió a ofrecer su ayuda y se ganó un bufido. La oxigenación del recién nacido se desplomaba y comenzaba a afectar a la presión arterial.

—Voy a llamar al cirujano de turno, necesitamos ese catéter central.

Erik tanteó con la mano por encima de la cama, buscando el celular que sonaba. Ya era bien entrada la tarde, se había acostado con la idea de reposar un rato tras una buena sesión de gimnasio y terminó quedándose dormido. Llevaba una semana de locos: no sabía ni qué día era.

—Thoresen —contestó con la voz pastosa y la sensación de haber despertado de un coma profundo. Reconoció con dificultad la voz de Viviana.

—Hola, Erik. Tenemos un bebé con una transposición de grandes vasos. —Se le quitó la modorra de golpe y se sentó en la cama, frotándose la cara abotagada. Una cirugía compleja. Calculó unas cuatro horas en el quirófano, quizá cinco—. Necesita un acceso quirúrgico para introducir el catéter, no hemos sido capaces de canalizar la vena femoral y...

—Voy para allá.

Cortó la llamada y, sin pensar, se metió en la ducha de agua fría reprimiendo un siseo. Era la única manera de despejarse. Estaba agotado, tenía mucho sueño atrasado y su cuerpo no se acostumbraba al cambio de marcha que significaba no poder tocar a Inés. Llevaba cuatro días sin sexo. Una eternidad.

Su pene se despezó con el recuerdo, tenía su aroma femenino tatuado en la piel. Cerró los ojos con fuerza, intentando enfocar la atención hacia lo que tenía que hacer, pero el recuerdo de su sonrisa, de la manera que tenía de moverse, de sus comentarios agudos y directos, y de la calidez de su abrazo lo perseguían desde la noche del domingo. Ojalá fuera solo el sexo. No podía quitársela de la cabeza.

Rodeó su erección incipiente con la mano y comenzó un vaivén mecánico mientras el agua fría le caía en chorros agudos sobre la espalda. ¿Y sus intentos de ponerlo celoso con Marcos? Soltó una risotada al tiempo que se abandonaba a la sensación placentera que lo acercaba a la liberación. Era una niña, pero ¡qué mujer era! Por mucho que intentase racionalizar que era mejor mantener la distancia, ella se encargaba de situarse en el centro de sus pensamientos. Tenía que aceptarlo: le gustaba estar con Inés.

Aumentó el ritmo de la mano. Añadió el tacto del pulgar sobre su glándula para obtener mayor placer y apretó su erección con rabia.

—*Svarte helvete*... —murmuró, apoyando el antebrazo sobre los azulejos helados mientras eyaculaba con fuerza al llegar al orgasmo.

Con la mente más clara, y el cuerpo mucho más relajado, condujo su moto hasta el hospital.

—Hola, ¿me llamaste? Me dieron el recado en la UCI —preguntó Inés tras unos golpecitos breves en la puerta de su oficina.

Erik la estudió, también estaba cansada. Su piel no mostraba la luminosidad habitual, tenía el rostro demacrado y el pelo desordenado en un moño maltrecho. Estaba preciosa.

—¿Qué pasó con el catéter del paciente? —preguntó, sin rodeos.

Intentó que sus pensamientos no se traslucieran en el tono de voz. Al margen de cómo acabaran ellos, había algo que no podía cambiar: en el hospital debían mantener las distancias. Era fundamental. Pero no tuvo de qué preocuparse, Inés se cruzó de brazos y adoptó un tono formal.

—¿No te informó Viviana? Lo intentó en repetidas ocasiones con ambas venas femorales, pero el procedimiento no fue posible. Ante la necesidad de conseguir aumentar la oxigenación del bebé, decidió llamarte para un abordaje quirúrgico.

—¿Tú no lo has intentado?

—Fue decisión de mi residente mayor que no siguiéramos manipulando la zona —dijo ella con voz neutra.

Erik frunció el ceño. ¿Estaba fingiendo aquella frialdad pasmosa o era verdadera? Desechó esa línea de pensamiento. A trabajar.

—Ya veo —la contempló unos segundos, tentado de ofrecerle otra vez un millón de coronas para saber lo que pensaba, pero se incorporó para dirigirse a la UCI neonatal—. Ven, veamos si se puede hacer algo.

Erik pidió el ecógrafo y le indicó a Inés que volviera a vestirse estéril. Él se lavó las manos y los antebrazos, y se vistió también. La enfermera amarró las mascarillas de ambos.

Soltó una palabrota al ver el estado de la piel de las ingles del paciente. Viviana había hecho estragos y eso aumentó su irritación. Inés se situó al otro lado de la cuna, visiblemente nerviosa.

—No, no —repuso él—, ponte aquí, delante de mí.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella. Erik la miró, enojado.

—¿Pero qué mierda les enseñan a los residentes de cardio? ¡Lo vas a hacer tú, con ayuda del ecógrafo! ¡Esto ya tenía que estar hecho! —¿Cómo no se iba a enfadar? Lo hacían perder el tiempo continuamente.

Agradeció que Inés mantuviese la boca cerrada, no tenía el ánimo para enfrentarse ahora a su boquita respondona. Ella se situó donde él